

¡VENGA TU REINO!



**Carta n. 11 a la Congregación
sobre el Reino**

Ilustración de la portada: El "Viejo Buen Dios", crucifijo del siglo IX, santuario de Tancremont en Pepinster (Bélgica).

¡VENGA TU REINO!

**Carta n. 11 a la Congregación
sobre el Reino**

En memoria de Bruno CHENU, a.a. (1942-2003)

“Hoy, el mundo entero está en proceso de génesis del reino de Dios, por caminos ignotos en muchos casos. Aquel que nombra con la palabra, y pone en práctica, con la acción, uno de estos caminos es un profeta”.

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos, queridos amigos de la Alianza,

La Asunción tiene un lema que resume perfectamente su ambición: ¡Venga tu reino!

Como nos enseñó Manuel d'Alzon, se trata de hacer crecer el Reino de Dios en nosotros y a nuestro alrededor. Cómo no recordar, al principio de esta carta, la fórmula de nuestro compromiso: “*por amor a Jesucristo y para extender su reino*”. Somos una congregación decididamente apostólica y queremos trabajar en el mundo para que Jesús sea conocido, amado e imitado. Somos también personas consagradas, es decir, hombres que hacen profesión de buscar a Dios a lo largo de su existencia, sin cansarse nunca y sin desesperar. El Reino en nosotros es la faceta contemplativa de nuestra misión en el mundo.

Hoy más que nunca, la noción de Reino o Reinado es difícil de entender por nuestros contemporáneos. El mundo moderno ya no tiene acceso a una comprensión inmediata de esta llamada y, aunque la oración del Padre Nuestro nos ha familiarizado con esta petición, todavía hay muchas zonas grises en nuestra comprensión de la misma.

En 1943, el jesuita Yves de Montcheuil predicó un retiro titulado *El Reino y sus exigencias* en el que señalaba los contrasentidos que existen en la comprensión del tema del Reino o Reinado. Decía:

“Si queremos encontrar el carácter verdaderamente religioso de la religión necesitamos tener una idea correcta del Reino; sin ella, caemos o bien en una concepción sociológica, que deja escapar la realidad misma, o bien en un

moralismo infra-religioso: la moral sólo puede llegar a ser verdaderamente religiosa cuando se vincula a lo más profundo de la religión, es decir, a esta idea del Reinado de Dios, del Reino.

Pero es precisamente esta idea la que no es fácil de captar, y siempre está expuesta en nosotros a nuevas deformaciones. En diversos grados, la ambigüedad al respecto es perpetua. Nuestro Señor anuncia un Reino que no es el que esperaban los judíos de su entorno, como bien sabemos. Tampoco es el que espontáneamente esperan los hombres de época alguna. De ahí un equívoco constante, y siempre reavivado, que un gran número de parábolas evangélicas tienen el propósito de disipar”¹.

Por eso es importante volver al origen de la predicación de Jesús de Nazaret. Examinando las Escrituras, escuchando lo que el Hijo del Hombre dijo en su enseñanza, mirando lo que hizo, es como podremos entender mejor lo que él exhorta a instaurar con increíble energía. El Reino de Dios es el corazón del mensaje cristiano.

También veremos cómo desplegar ese “celo” por el Reino hoy en día. Cómo volver a descubrir la llamada de las Bienaventuranzas. Pero también estaremos atentos a definir cómo la vida religiosa puede dar “el gusto por el Reino”². Tengo la convicción de que el profetismo de la vida religiosa manifiesta el

¹ Yves de MONTCHEUIL, « Le Royaume et ses exigences » [El Reino y sus exigencias], colección Christus n°93, Desclée de Brouwer, 2006, p.27.

² Por retomar el título de una obra colectiva bajo la dirección de S. Robert, M. Fédou y H. Laux : « Le goût du Royaume. Dimensions de la vie religieuse » [El gusto del Reino. Dimensiones de la vida religiosa], Ediciones Facultés jésuites de Paris, 2016

Reino ya presente y estimula la esperanza del Reino que viene. Por su acción en el mundo, la vida religiosa hace posible que el Reino se concrete cada vez más hasta su advenimiento final.

Para nosotros será importante recobrar aquel dinamismo por el que Manuel d'Alzon consagró toda su vida al Reino de Dios. Aunque sea necesario actualizar el carisma, la inspiración sigue siendo la misma que aquella de los orígenes.

A/ EL REINO DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

I. Jesús y el Reino de Dios

- Antes de Jesús: los reyes y los profetas.

Los reyes David, Salomón y tantos otros han marcado la historiografía de Israel. Pero la historia frustró el desarrollo y la experiencia de la realeza llegó a su fin el año 587. Y así nacerá una esperanza escatológica del Reino, cuya espera será un elemento constitutivo de la vida del pueblo judío. Los profetas hablarán de la restauración de la realeza de Dios. El retorno de la realeza con la dinastía asmonea no será satisfactorio y la ocupación romana exacerbará el nacionalismo de una esperanza en la que las naciones paganas quedarían sometidas. La esperanza se refería a otra realidad. Todo el mundo en Israel está esperando el fin de este mundo y la llegada del Dios-Rey o de su representante. Con Jesús la realeza mesiánica volverá a su lugar original, pero sin sus resonancias políticas.

- Juan el Bautista

En los años 27-28, a orillas del Jordán, aparece Juan el Bautista. Proclama la inminencia del juicio escatológico, el fin de

los tiempos y la ira de Dios, y administra un bautismo ritual como rito iniciático para la comunidad escatológica, el verdadero Israel. Llama a la conversión. Juan es un profeta que fustiga a quienes se alejan de la Alianza. Su muerte violenta ilustra su virulencia hacia los malvados. Jesús frecuentó al Bautista y recibió sus enseñanzas. Pero como dice Daniel Marguerat: “Juan es el pregonero que anuncia el alba, mientras que Jesús es Aquel por quien llega el día”.

- El Reino en la vida de Jesús

En el centro del mensaje y del actuar de Jesús está el Reino de Dios. Pero no está definido. Jesús dice que el Reino se ha acercado e invita a la conversión. Las parábolas, los milagros, todas las acciones de Jesús llevan la marca del Reino. El anuncio del Reino es propio de Jesús y la fórmula “Reino de Dios” o “Reino de los cielos” se repite 65 veces en los Evangelios.

Si la noción de Reino de Dios no se explica nunca en las Escrituras, es porque resulta evidente para el mundo judío. Los salmos hablan de la realeza universal de Dios; y el Templo, donde se celebra la liturgia, es el testimonio de que se reconoce a Dios como Rey del universo. El judaísmo espera que toda la humanidad reconozca a Dios como rey. A la llegada de Cristo, el mundo judío vive en una expectación febril porque los romanos han invadido su territorio y el pueblo anhela que le sean restablecidos sus derechos. La ocupación extranjera suscita una fuerte esperanza del Reino de Dios. El *Quaddish*, una oración ritual del siglo I con la que tiene afinidad el *Padre Nuestro*, dice: “Que haga reinar a su Reino”³. La llegada del Reino de Dios irá acompañada de la liberación de Israel y del ocaso de sus enemigos. Juan el Bautista,

³ Marc PHILONENKO, « Le Notre Père. De la prière de Jésus à la prière des disciples » [El Padre Nuestro. De la oración de Jesús a la oración de los discípulos], Bibliothèque des Histoires, Gallimard, 2001, p.79

antes que Jesús, anuncia el Reino que viene y para el que hay que prepararse mediante la conversión.

Pero Jesús, por su parte, no anuncia un Reino nacionalista. El Reino de Dios está abierto a todos y no está reservado a los hijos de Abraham. Jesús no comparte la sombría visión de la apocalíptica. Es decir, no considera que el tiempo presente esté bajo el dominio de Satán. El mundo actual ya está bajo el cuidado amoroso de Dios. Además, Jesús no establece un calendario: el Reino ya está aquí. “La originalidad fundamental de Jesús consiste en considerar que el Reino de Dios es a la vez futuro y muy cercano —se puede incluso decir: futuro y presente”⁴. Si la apocalíptica judía escudriñaba el futuro para detectar presagios de la llegada del Mesías, con Jesús se produce una verdadera revolución, un cambio radical de concepción. A la pregunta: “¿Cuándo viene el Reino de Dios?”, Jesús responde diciendo que el Reino no viene como un hecho observable del que podamos decir: “está aquí” o “está allí”. Y añade: “De hecho, el Reino de Dios está entre vosotros”. Jesús anuncia un Reino que llega con discreción y humildad. Las parábolas que utiliza describen esta aparición en la vida cotidiana de una realidad que va infinitamente más allá del mundo visible.

“Lo importante para Jesús era ante todo que el Reino de Dios extendiera su eficacia hasta el presente. (...) Porque la transformación apocalíptica del mundo no ha tenido lugar. El Reino de Dios se realiza de forma fragmentaria en el exorcismo. (...) El poder de Dios se manifiesta por fragmentos y no en su totalidad, y se manifiesta como un poder que libera en lugar de aniquilar. Así es como el Reino de Dios entra en el mundo, no con una fuerza y una violencia irresistibles, no como una catástrofe que se lleva todo por delante, sino con el poder de persuasión que

⁴ Daniel MARGUERAT, « L’annonce du Royaume est propre à Jésus » [El anuncio del Reino es propio de Jesús], in Joseph DORÉ, « Jésus. L’encyclopédie » ; Albin Michel, 2017, p.322.

posee aquello que libera de la posesión. (...) El tiempo del Reino de Dios, totalmente otro, se realiza en el eón actual”⁵. Jesús, con su predicación, lleva a cabo la venida del Reino de Dios. Los exorcismos son signos del Reino presente y activo. Pero hace falta aprender a verlos como tales, y esto es posible gracias a la fe. Tampoco se trata de huir de la realidad actual del mundo refugiándose en una comunidad que espere el fin del mundo. El mundo puede cambiar, y por eso es posible creer y tener esperanza.

“Para Jesús, es precisamente la calidad del presente lo que legitima la esperanza de una bondad universal en el futuro. El fragmento de Bien que hay en el presente es lo que nos impulsa a poner nuestra esperanza en el Reino de Dios”⁶.

- Después de Jesús

El uso del tema del Reino o Reinado se irá debilitando entre los primeros cristianos. Sin embargo, Jesús envió a sus discípulos en misión y les invitó no sólo a “poner su vida bajo el horizonte del Reino, sino también a compartir sus valores y exigencias, (...) los asocia a la visibilidad del Reino pidiéndoles que prediquen y dotándoles del poder de curar”⁷. Los discípulos de Cristo continúan la misión que Jesús había iniciado, manifestando concretamente el Reino mediante la Palabra y las obras. Los enviados por Jesús son la encarnación misma del Reino en el que creen. Pablo, en cambio, utiliza poco el tema del Reino, al igual que

⁵ Hans WEDER. « Présent et règne de Dieu. Considérations sur la compréhension du temps chez Jésus et dans le christianisme primitif. » [Presente y reino de Dios. Consideraciones sobre la comprensión del tiempo en Jesús y en el cristianismo primitivo], Lectio divina, CERF, 2009, pp.34-35.

⁶ *Ibidem*, pp.58-59

⁷ Daniel MARGUERAT, « Vie et destin de Jésus de Nazareth » [Vida y destino de Jesús de Nazaret], Seuil, 2019, p.178

el Evangelio de Juan. “Esta observación estadística nos coloca en la situación excepcional de tocar con la mano una fórmula distintiva de Jesús que luego no se divulga después de él”⁸. Aunque la Iglesia haya hecho menos uso de la problemática del Reino, su misión no dejaba de ser anunciarlo. Hoy somos herederos de los primeros discípulos y nuestra vida en el mundo debe distinguirse por su capacidad de manifestar el Reino en nosotros y a nuestro alrededor. La cita de Alfred Loisy, a menudo malinterpretada, de que Cristo anunció el Reino y lo que vino fue la Iglesia, nos recuerda simplemente que la misión de Cristo se prolonga en la de la Iglesia. No se trata de asimilar la Iglesia al Reino de Dios. Hoy nuestra esperanza está intacta: la soberanía de Cristo se despliega en el mundo a pesar de los obstáculos que se interponen en su camino.

Tenemos pues un trabajo que hacer para llegar a una buena comprensión del Reino. Para ello, debemos ser fieles al Evangelio y, a partir de él, seguir la enseñanza de Jesús, que puede describirse en unas pocas afirmaciones:

- El reino no corresponde a una nación o a un pueblo. Es para todos.
- El reino no es para mañana, sino que comienza hoy en la medida en que cada uno se compromete con él viviendo en el espíritu de las Bienaventuranzas.
- El reino se manifiesta en toda contribución que tenga como objetivo reducir el mal.
- El Reino se propone, no se impone.

⁸ *Ibidem*, p.121

II. Manuel d'Alzon: un apasionado del Reino

En 1993 se publicó en Roma un libro titulado “El espíritu de la Asunción según Manuel d'Alzon”. Nuestra Congregación publica regularmente textos interesantes para ayudarnos a apropiarnos nuestro carisma. Pero, ¿nos tomamos el tiempo de estudiarlos? Este libro incluye un capítulo que tiene que ver con esta carta: “La pasión por el Reino de Dios en nuestro mundo actual”⁹. De él he tomado algunos puntos importantes, completándolos con un estudio del padre Nicolas Potteau que aún no ha sido publicado.

Desde muy pronto, Manuel d'Alzon quiso contribuir a “la instauración del reino de Cristo”. Para él, se trataba de defender la religión católica en un momento en el que era fuertemente atacada. Pero nuestro fundador nunca olvidó que es necesario instaurar la realeza de Cristo en las almas de los fieles: “El reino de Dios en nosotros es la dependencia más absoluta de todo nuestro ser, de todas nuestras facultades respecto de la acción íntima de Dios. Dios es el dueño, nosotros los súbditos” (Escritos Espirituales, pp. 151-152) El Padre d'Alzon hizo este itinerario de despojo de sí mismo para dejar que Dios se apoderara de él. Se entregó totalmente a la Trinidad. El padre Nicolas Potteau ha señalado que el catecismo del Concilio de Trento (1542-1563) pudo haber influido en el pensamiento de nuestro fundador. La idea que d'Alzon tiene del Reino de Dios –o más bien del Reino de Cristo que viene a menudo en sus escritos anteriores a la Instrucción de 1868– retoma de hecho lo que enseña el catecismo del Concilio de Trento. Este catecismo dice que cuando rezamos el Padre Nuestro, pedimos (1) que el Reino de Cristo se realice en nosotros a través de las virtudes teologales, y (2) pedimos que la Iglesia se extienda y que los “malos cristianos” se conviertan en

⁹ Lucien GUISSARD y Claude MARÉCHAL, “La pasión por el Reino de Dios en nuestro mundo actual” in “El espíritu de la Asunción según Manuel d'Alzon”, Roma, 1993, pp.49-57.

“buenos cristianos”. Reaparece así el Reino de Cristo dentro de nosotros (Cristo reina a través de la fe, la esperanza y la caridad) y alrededor de nosotros (la Iglesia se expande).

Manuel d'Alzon meditó sobre Lucas 17:21 donde Jesús dice que el Reino está “dentro de nosotros”, y se apoya en esta afirmación de Cristo para pedir que cada uno haga crecer el Reino interior dentro de sí mismo. “Antes de trabajar por hacer reinar a Jesucristo sobre los demás, haced pues que reine en vosotros mismos. Daos cuenta de que junto con el reino exterior existe también el reino interior”. (*Escritos Espirituales*, p.663). La experiencia personal del Padre d'Alzon repercute en su línea espiritual. No es posible ser un buen apóstol si Cristo no reina primero en el corazón del misionero.

La Regla de Vida de la Asunción ha recogido lo esencial de esta enseñanza para que la acción de Dios en nosotros sea fruto de una entrega total a su llamada. También es importante señalar que “nuestra vida en común, en referencia a Jesucristo y a su Evangelio, y nuestros votos manifiestan el sentido último de las realidades humanas y son un signo del Reino ya presente y todavía esperado” (RV. 25, 26, 32, 33, 34, 38, 40, 43)¹⁰.

A Manuel d'Alzon le inquietaba que en la sociedad francesa de su tiempo ya no se respetara a Dios en sus derechos. El defenderá la causa de Dios, que, para él, es la única que puede defender los intereses del hombre. El Reino de Dios permite establecer la justicia, la paz y la armonía social. D'Alzon ideará obras para volver a cristianizar a la sociedad, en primer lugar a través de la educación. Pero también se implicó en la prensa, la predicación, la unidad de la Iglesia en Oriente, las obras populares,

¹⁰ *Ibidem*, p.52.

las vocaciones, las peregrinaciones, etc. Su mente siempre estaba al acecho de nuevos campos en los que involucrar a su pequeña congregación. Pero para ser fieles hoy a nuestro fundador, debemos ser capaces de dirigirnos hacia otras fronteras y periferias. Todo esto sólo puede hacerse desde la inquietud por los pobres y abandonados de nuestras sociedades.

III. ¿El Reino entre vosotros, el Reino en vosotros?

“Y no dirán: ‘Vedlo aquí o allá’, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc 17,21).

Este versículo del evangelio de Lucas ha suscitado numerosos trabajos. Efectivamente, la traducción es delicada. Algunos lo traducen como “dentro de vosotros” y otros como “entre vosotros”. Nathalie Siffer resume así el debate: “La interpretación de este *logion* es muy discutida debido a la incertidumbre sobre el valor de la expresión *entos hûmon*: interiorizante (“dentro de vosotros”, “en vuestro interior”), comunitaria (“entre vosotros”, “en medio de vosotros”), activista (“a vuestra disposición”, “a vuestro alcance”). Actualmente los traductores y los exégetas, y también los teólogos, prefieren sin lugar a dudas la interpretación eclesial, “el Reino está entre vosotros”. Sin embargo es importante precisar que esas acepciones, aunque distintas, no se oponen entre sí y que pueden, en alguna medida, asociarse”¹¹.

¹¹ Nathalie SIFFER, « La proclamation du Royaume de Dieu » (La proclamación del Reino de Dios) in Ch. THEOBALD(dir.) « Pourquoi l'Église. La dimension ecclésiale de la foi dans l'horizon du salut » (Por qué la Iglesia. La dimensión eclesial de la fe en el horizonte de la salvación), Bayard, 2014, pp110-111

Nosotros, Asuncionistas, podemos sentirnos plenamente cómodos con esa multiplicidad de interpretaciones. Nuestra espiritualidad confirma que estamos al mismo tiempo en busca del Reino ya presente en nosotros, pero que también queremos asumir su difusión entre nosotros y a nuestro alrededor. Esto nos permite afirmar que nuestra búsqueda del Reino es al mismo tiempo personal, comunitaria y eclesial. No podemos reducir nuestra lectura a una visión íntima, porque es al mismo tiempo el fundamento de nuestra vida de oración y de nuestra acción en el mundo. Para todo asuncionista, el Reino es también una realidad comunitaria que hay que construir cada día viviendo el espíritu de las Bienaventuranzas. Tiene pues una dimensión social e incluso política.

Es importante mantener la tensión entre la venida del Reino en nosotros y su venida alrededor de nosotros, porque es fructífera y da lugar a una dinámica que se pone bajo el signo del Espíritu. Nadie puede pretender colaborar en la llegada del Reino de Dios si olvida uno de sus dos aspectos fundamentales.

Otra dimensión importante es la venida del Reino “entre nosotros”. Tenemos que hacer honor a la dimensión comunitaria del Reino, y esto pasa por el crecimiento del cuerpo de Cristo en comunidad, en Iglesia, en el mundo. La comunidad es un lugar de evangelización y no podemos dejar de invertir en ella una parte importante de nuestras energías apostólicas.

Es urgente volver a poner en buen lugar a lo que llamamos el examen para el Reino. El Padre d'Alzon alcanzó una gran lucidez sobre sí mismo practicando este ejercicio de relectura de vida. Después ha sido actualizado por algunos de nuestros hermanos, estoy pensando en los padres Benoît Bigard y Edgard Bourque, y es bueno practicarlo regularmente. La extensión del Reino de Dios requiere un combate contra el mal: el mal presente en el mundo y el que lacera nuestros corazones.

IV. La Iglesia y el Reino

Después de la predicación de Jesús, el tema del Reino se desvanece gradualmente en las comunidades cristianas. No desaparece, pero la idea subyacente viene a ser que Jesús es la manifestación concreta del Reino y la Iglesia que lo anuncia lo despliega en la tierra. No se da una plena asimilación entre el Reino y la Iglesia, pero a veces puede aparecer una cierta confusión. El triunfo de la Iglesia sería la instalación del Reino de Dios en la tierra. Aunque esta interpretación ya no es unánimemente aceptada hoy en día, todavía hay cristianos que siguen afirmando el adagio “fuera de la Iglesia, no hay salvación”. La Iglesia contribuye a la manifestación del Reino, es también el signo concreto del mismo, pero no es el Reino. Debemos reflexionar sobre el lugar de la Iglesia en el anuncio del Reino, y lo haremos especialmente reflexionando sobre la Iglesia “como sacramento universal de salvación”, tal como la define la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium* (nº 48), o también *Gaudium et Spes*:

“La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es “sacramento universal de salvación”, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre”¹².

¿Es la Iglesia sacramento del Reino?

¹² *Gaudium et spes*, n°45

El Concilio Vaticano II no utiliza esta expresión. Evidentemente, los sacramentos son anteriores a la existencia de la Iglesia, ya que fueron instituidos por Jesucristo, pero también sabemos, con la enseñanza de los Padres, recogida por el cardenal de Lubac, que “la Eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace a la Eucaristía”. La enseñanza del Vaticano II habla de la comunidad de los cristianos como sacramento de salvación para el mundo. Las Iglesias protestantes son reacias a utilizar el término “sacramento del Reino” para referirse a la Iglesia, y la Iglesia católica procura no ofenderlas. A pesar de todo, es lícito reconocer que la Iglesia contiene en sí misma el germen del Reino por sus sacramentos y por el anuncio del Evangelio. No coincide con el Reino, pero es el inicio del mismo.

En la Asunción, amamos a la Iglesia con pasión; como nos lo transmitió Manuel d'Alzon. Pero no hacemos de ella un ídolo. El Papa Francisco insiste repetidamente en la necesidad de que seamos una Iglesia pobre para los pobres, una Iglesia atenta a las periferias y no autorreferencial, una Iglesia abierta al mundo

Nuestro amor a la Iglesia debe ser total, pero con lucidez. La Iglesia, aunque querida por Dios y amada por Él, es una realidad mixta, mezclada, impura. Como decía San Agustín, es una mezcla de buenos y malos, *ecclesia permixta*. Siempre tenemos que contribuir a que sea santa despojándola de todo lo que la afea. Nuestra lucidez debe llevarnos a combatir contra los males que la hieren en el corazón, y hoy no hace falta volver una y otra vez a la larga lista de sus pecados. En realidad, como bien sabemos, la Iglesia es un instrumento en el plan de salvación querido por Dios; no es la finalidad ni la realidad del Reino, sino que existe para el Reino.

Ya Agustín decía que era más grande que la realidad que tenemos ante nuestros ojos y que había hombres que pertenecían a ella sin estar en su esfera visible. Decía que estaba coja, porque había malos seguidores en ella. El cristiano está cojo, pero también la Iglesia: “Ahora la Iglesia es coja; hincan bien un pie, pero el otro es inválido. Fijaos, hermanos, en los paganos. Hallan, a veces, cristianos buenos que sirven a Dios, y se admiran, son atraídos y creen. Pero a veces se fijan en los que viven mal y dicen: ‘¡Ahí están los cristianos!’ Pero estos que viven mal corresponden a la articulación del muslo tocado [de Jacob], que se secó. Ese tocar es obra del Señor; es la mano del Señor que castiga y vivifica”¹³.

Entonces, ¿necesitamos a la Iglesia para hacer posible el Reino? Creo que la Iglesia es querida por Dios. La ama como a una esposa y desea que sea santa. Pero la Iglesia no es una contrasociedad; es un sacramento de salvación, un misterio. Como dice Bruno Chenu: “La Iglesia no es una sociedad de sustitución en un universo corrupto, una solución de recambio. Confiesa su dependencia respecto de un hombre y de una sociedad en busca de sentido, y sobre todo de un Dios al que ella presenta como la consumación de la historia”¹⁴. Esta Iglesia, a la que amamos, necesita reformas y los sucesivos papas, Benedicto XVI y Francisco, se han empleado en ello. La tarea es inmensa por el gran peso de los inmovilismos. Es necesario desarrollar la virtud de la paciencia, como pedía el teólogo Y. M. Congar en su famoso libro de 1950 “Verdadera y falsa reforma en la Iglesia”. Por paciencia entendía: “una cierta actitud espiritual, un sentido de los indispensables retrasos de Dios, de la Iglesia y de la vida, una cierta humildad y flexibilidad, una cierta disposición a la

¹³ San Agustín, sermón nº5, según https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_006_testo.htm

¹⁴ Bruno CHENU, « L'Église au cœur » [La Iglesia en el corazón], Bayard, 2019, p.60.

autocrítica, una conciencia de las imperfecciones y de las faltas humanas, una cierta reserva con respecto a las soluciones simplistas del todo o nada (...) Toda reforma es hasta cierto punto como una anticipación del reino escatológico, de su justicia y de su pureza”¹⁵.

La Iglesia, sacramento universal de salvación a través de sus sacramentos y del anuncio de la Palabra, está magullada por los escándalos; ¿cómo creer en su sacramentalidad cuando carece de santidad?

Hay que reparar la Iglesia, como escribe el padre Dominique Greiner analizando los mensajes recibidos en la redacción del periódico “La Croix”¹⁶, que manifiestan a la vez el desconcierto de los fieles católicos pero también su esperanza de renovación.

La Iglesia es necesaria para el anuncio del Reino, no es el Reino. A pesar de sus imperfecciones y su pecado, ha sido querida por Dios para manifestar al mundo su misericordia y su ternura. El Papa Francisco lo ha entendido bien y la sitúa en modo de reforma progresiva. Esto llevará tiempo. Para nosotros, asuncionistas, es importante que colaboremos a nuestra medida en esta renovación que se espera.

¹⁵ Joseph FAMERÉE, « Vraie ou fausse réforme ecclésiale : quels sont les critères ? La réflexion du père Yves Congar, o.p. » [Verdadera o falsa reforma eclesial: ¿cuáles son los criterios? La reflexión del padre Yves Congar, o.p.] in J. Famerée et G. Routhier, « Penser la réforme de l'Église » [Pensar la reforma de la Iglesia]. Unam sanctam, nueva serie, 2021, p.22

¹⁶ Dominique GREINER, « Réparons l'Église. Scandales, abus, révélations » [Reparemos la Iglesia. Escándalos, abusos, revelaciones], Bayard, 2020.

B/ TRABAJAR POR EL REINO HOY

I. El Reino y la unidad

Hoy más que nunca, la división entre cristianos es un gran obstáculo para la evangelización. Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia está decididamente comprometida con el diálogo ecuménico. El concilio puso bien en evidencia los efectos nocivos de la desunión: “la faz de la Iglesia resplandece menos ante los ojos de nuestros hermanos separados y de todo el mundo, retardándose con ello el crecimiento del reino de Dios”¹⁷. La Asunción, en su modesto lugar, ha contribuido a este esfuerzo de acercamiento entre cristianos de distintas confesiones. Es necesario desplegar nuevos esfuerzos si queremos ser creíbles a los ojos de nuestros contemporáneos. La falta de unidad obstaculiza el crecimiento del Reino.

Veo tres aspectos de la unidad que estamos llamados a desarrollar. Primero, la unidad personal. El religioso es un hombre unificado. Las divisiones que aparecen en el corazón humano son tentaciones del maligno. Todo corazón dividido está amenazado en su fe en Dios, en su esperanza y en su caridad hacia los hermanos y hermanas. San Agustín gustaba de precisar que el origen de la palabra monje, *monos* en griego, no significa principalmente “solo” sino “uno”. El monje es un hombre unificado. Un ser que en su fe en Dios ha encontrado la unidad del corazón. Como sabemos por el salmista, Dios “detesta los corazones divididos” (Salmo 118, 113).

Tenemos que trabajar igualmente por la unidad de la comunidad. Aquí también es importante la enseñanza agustiniana. La Regla de nuestro patriarca nos recuerda que

¹⁷ *Unitatis redintegratio* n°4

somos hermanos que buscan la unidad de los corazones y de las almas. Somos “un alma sola y un solo corazón hacia Dios”. ¿Son nuestras comunidades el signo del Reino sin fronteras que proclama Jesús? ¿Son nuestras diferencias sociales, culturales y étnicas una “buena noticia” para hoy? ¿Siguen siendo obstáculos para la evangelización? ¿Cómo pone de manifiesto la Asunción, religiosos y laicos, la reconciliación, la unidad y la alegría de pertenecer a un mismo reino?

Por último, el ideal de la fraternidad universal nos insta a buscar la unidad en la diversidad. No se trata de anular las diferencias, de nivelar las particularidades de unos y de otros, sino de respetar la diversidad construyendo la unidad. El ecumenismo se empeña en esta tarea. El Grupo de Dombes, que reúne a teólogos protestantes y católicos de habla francesa, ha publicado un comentario al Padre Nuestro, del que extraigo esta reflexión sobre “Venga tu Reino”:

“Esta petición del Reino nos recuerda tanto la urgencia de realizar la Unidad y de colaborar nosotros en ella, como sus inevitables retrasos. Estamos invitados a reconocer con fascinación lo que Dios ya está dando a su Iglesia en sus múltiples tradiciones, lo que Dios da a esta o aquella Comunidad cristiana que no es la “mía”. Mi Iglesia, como Iglesia, está llamada a reconocer con asombro en otras Iglesias este don ya hecho y todavía por venir. Así mi Iglesia se descentra de sí misma, pues debe estar centrada en el Reino ya venido y aún por venir, buena noticia anunciada por Jesús. Está llamada a orar con y por las otras Iglesias cristianas con el objetivo de la Unidad, y más ampliamente a vivir su vida, no independientemente, sino teniendo

constantemente en cuenta a las otras Iglesias cristianas, tratando concertadamente de vivir el Evangelio con ellas”¹⁸.

Por tanto, es urgente que nos comprometamos por la unidad de la Iglesia. La Asunción tiene el deber de dedicarse a esta tarea. Esto pasa por renovar los estudios ecuménicos, eclesiológicos y patrísticos en nuestro programa de formación y en la elección de las especializaciones, pero también por una implicación concreta en el diálogo con los pastores y los fieles de otras confesiones cristianas. No es bueno que nos quedemos cada uno en su casa esperando la Parusía.

El 33 Capítulo General nos recordó que nuestro carisma está “al servicio de la unidad en un mundo dividido” (cf. Actas CG 2017, núms. 1-20 entre otros). Sentimos pasión por el Reino de Dios, ya presente pero aún no plenamente realizado. Nuestro trabajo nos lleva a consumirnos sin cálculos por esta causa de la unidad.

Manuel d'Alzon había comprendido bien que la unidad de la Iglesia era una tarea indispensable para la credibilidad del Evangelio a los ojos de nuestro mundo. El Reino de Dios sólo podría llegar si todos los creyentes estaban unidos, congregados en una sola comunidad. Él no hablaba de ecumenismo, ciertamente, y su acción iba dirigida a la conversión de los cismáticos o herejes, pero su pasión por la unidad le hizo buscar formas de manifestar el Reino de Dios en este mundo.

Hoy nos encontramos en una perspectiva diferente. El Concilio Vaticano II nos ha abierto a otros caminos que los de reintegrar sin más a las otras realidades eclesiales en la Iglesia católica. Ciertamente queremos una Iglesia verdaderamente

¹⁸ Groupe des Dombes, « “Vous donc, priez ainsi.” (Mt 6,9). Le Notre Père, itinéraire pour la conversion des Églises. » [“Vosotros, pues, orad así” (Mt 6,9). El Padre Nuestro, itinerario para la conversión de las Iglesias], Bayard, 2011, p.136.

católica, pero en adelante los caminos hacia la unidad pasan por el respeto a las legítimas diferencias. En esto consiste vivir la catolicidad.

Al Papa Francisco le gusta la imagen del poliedro, una figura geométrica que, a sus ojos, expresa lo que se debe promover. Se trata de fomentar la unión de las diferencias en una convivencia que enriquece todas las facetas, “donde todos se complementan, pero donde cada uno conserva su especificidad, que a su vez enriquece a los demás”.

II. La vida comunitaria: presencia y anuncio del Reino

Martin Buber, el filósofo del diálogo y la relación, muy conocido por su libro “Yo y tú”, nos aporta una luz interesante sobre la noción de comunidad vinculada a la del Reino. En una conferencia¹⁹ de 1930, Buber desarrolla una visión original de la llamada a ser comunidad que reside en la especie humana. “El mundo en sí mismo tiene el anhelo nostálgico de llegar a ser comunidad”, dice; y añade que este anhelo nostálgico está inscrito en virtud de la propia Creación. Considera que el ideal comunitario es el destino de la especie humana para realizarse como la humanidad. “Así, el mundo y la especie humana están predispuestos por la Creación a ser comunidad”.

“Si tratamos de captar el significado de la gran palabra religiosa *Malchut shamayin* (“el Reino de los Cielos”) –quizás la mayor palabra religiosa para designar el mundo– no desde arriba, sino desde abajo, es decir, partiendo de nosotros mismos y de nuestra propia vida, esa expresión significa precisamente que el

¹⁹ Martin BUBER, *Wie kann Gemeinschaft werden ?* [¿Cómo puede acontecer la comunidad?] in « Communauté » [Comunidad], Éditions de l'éclat, 2018.

mundo, o la especie humana, está destinada a convertirse en una comunidad auténtica durable y que lo abarque todo”.

Esta conferencia nos da la idea que Martin Buber se hacía del Reino de los Cielos o Reino de Dios. La humanidad, para realizarse plenamente en el orden de la Creación, está destinada a convertirse en una comunidad. Creo que esta intuición es profunda y que puede ayudarnos a comprender hoy cómo puede acontecer el Reino de Dios entre nosotros. Se trata de realizar la unión del género humano. Buber distingue la sociedad, que es una unión de intereses, de la comunidad, que es una unión de vida. Tiene esta hermosa declaración de fe en la que dice: “Creo en una humanidad en devenir. Creo que toda la humanidad, toda la Creación, precisamente por ser Creación, está dispuesta a convertirse en comunidad, y que el mundo entero, sin excepción, puede convertirse en el lugar de la realización de Dios”.

Personalmente, me conmueve esta forma de hablar del Reino que, viniendo del judaísmo, está en línea con un enfoque que podemos tener en el cristianismo. Se trata de una espera escatológica, pero que es también un compromiso en el presente. Y Buber añade: “También creo que este designio de la Creación está indisolublemente ligado a las decisiones que nosotros tomamos en este momento, a cada instante. Es útil e importante que sepamos que, en la vida cotidiana más ordinaria de cada uno de nosotros, no hay ningún instante extraordinario en el que la redención del mundo no esté conectada con nuestra vida cotidiana”.

Esta llamada a comprometernos aquí y ahora en pro de la comunidad debe resonar con fuerza en nosotros porque hemos hecho la opción de construir una comunidad de vida y no de intereses. Una comunidad que tiene como objetivo la venida del Reino de Dios. Buber concluye su conferencia con una llamada a la

santidad. “La santidad, el camino hacia Dios, es cuando el hombre hace *lo que debe hacer en el aquí y ahora*, cuando lo realiza en pureza y santidad. (...) A través de las cosas que nos pasan hora tras hora en nuestra vida cotidiana, Dios se dirige a nosotros, y precisamente a nosotros (...) Es ahí donde podemos ejercitarnos en la santidad, donde podemos ir hacia Dios. Y si no ahí, entonces en ningún sitio”.

Yo creo que podemos oír esta llamada que nos invita a construir la verdadera comunidad que Dios quiere, que se llama el Reino de los Cielos. Tenemos que ser “expertos en comunión” porque, como escribió Bruno Chenu, “El plan de Dios no es otro que reunir a todos los hombres en un gran cuerpo fraterno con Cristo como cabeza. Toda forma de comunidad ya hace apuntar brotes del Reino de Dios”²⁰.

Nuestra Regla de Vida recoge bien la esencia de este mensaje cuando desarrolla los artículos relativos a los votos de religión. Presenta a la pobreza, la castidad y la obediencia como “signos del Reino”.

La vida comunitaria religiosa, comunidad de vida y destino, está llamada a ser un signo visible del Reino que viene. Me complace recordar las palabras de un antiguo maestro de novicios, el padre Camille Durand, que al final de su vida decía que valoraba cada vez más la vida comunitaria porque le preparaba para vivir en Dios, que es comunidad de amor. Recogía así las grandes intuiciones de San Agustín (“cuando ves la caridad, ves a la Trinidad”) y las de Manuel d'Alzon.

²⁰ Bruno CHENU, « L'urgence prophétique » [La urgencia profética], Bayard, 1997, p.283.

III. Predicar el Reino tras la pandemia de la COVID-19

La pandemia de COVID ha puesto de manifiesto las fragilidades de nuestro mundo globalizado. La propagación del virus a nivel mundial nos ha recordado que la situación nos concierne a todos y que nadie puede pretender ser inmune. Tal vez nunca hayamos sido tan conscientes de la solidaridad a la que estamos llamados, ya sea ante la prueba o en cuanto a aportar soluciones.

El mundo después de la COVID no debe ser el mismo que el que había antes. Se necesitan reformas, cambios radicales. Estas transformaciones tienen que ver con el Reino de Dios que viene. En la Asunción, hemos de tomar en cuenta sus orientaciones para entregarnos al trabajo en pro del advenimiento del Reino hoy.

El Papa Francisco ha dado una catequesis de varias semanas (del 5 de agosto al 30 de septiembre de 2020) en sus audiencias generales de los miércoles en el Vaticano transmitidas desde la Biblioteca del Palacio Apostólico por consideraciones sanitarias. El Papa desarrolló un mensaje contundente para guiarnos hacia una fraternidad más responsable. Tituló su catequesis “Curar el mundo”. El mundo está ciertamente afectado por el mal, pero la esperanza del Reino, que es el corazón de la fe cristiana, nos impulsa a trabajar por su curación y su liberación.

La crisis ha puesto de manifiesto nuestras vulnerabilidades y ha golpeado con especial dureza a los pobres. “Por eso debemos tener bien fija nuestra mirada en Jesús y con esta fe abrazar la esperanza del Reino de Dios que Jesús mismo nos da. Un Reino de sanación y de salvación que está ya presente en medio de nosotros. Un Reino de justicia y de paz que se manifiesta con obras de caridad, que a su vez aumentan la esperanza y refuerzan la

fe”²¹. El Papa Francisco enumera los principios que son la base para sanar al mundo. Proviene directamente del Evangelio y de las enseñanzas del Magisterio.

“Y entonces nos preguntamos: ¿de qué modo podemos ayudar a sanar nuestro mundo, hoy? Como discípulos del Señor Jesús, que es médico de las almas y de los cuerpos, estamos llamados a continuar ‘su obra de curación y de salvación’ en sentido físico, social y espiritual”. Prosigue el Papa citando principios que pueden ayudarnos a avanzar, para preparar el futuro que necesitamos: el “principio de la dignidad de la persona, el principio del bien común, el principio de la opción preferencial por los pobres, el principio de la destinación universal de los bienes, el principio de la solidaridad, de la subsidiariedad, el principio del cuidado de nuestra casa común”²².

El Reino que propone la fe es un Reino de curación y salvación, un Reino de justicia y paz. Pero este Reino sólo nos viene en la medida en que estemos dispuestos, no sólo a acogerlo, sino también a colaborar concretamente en su llegada. Para ello, el cristiano está llamado a privilegiar los siguientes principios:

- La dignidad humana

Hemos sido creados como personas amadas y capaces de amar, dice el Papa Francisco. Como tales, tenemos una dignidad única que nos exige vivir en comunión con Dios y con nuestros hermanos y hermanas. En el Evangelio, Jesús invita a sus discípulos a salir de la lógica del dominio y entrar en la del servicio. “El ser humano, de hecho, en su dignidad personal, es un ser social, creado a imagen de Dios Uno y Trino... Nosotros somos

²¹ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 5 de agosto de 2020.

²² *Ibidem*.

seres sociales, necesitamos vivir en esta armonía social”²³. La fe en Dios nos impulsa a luchar contra la indiferencia frente a las violaciones de la dignidad humana y a no sucumbir a la cultura del descarte. “La fe siempre exige que nos dejemos sanar y convertir de nuestro individualismo, tanto personal como colectivo”²⁴.

- La opción preferencial por los pobres y la virtud de la caridad

Francisco nos recuerda que la enseñanza de las Bienaventuranzas se dirige ante todo a los pobres. Jesús andaba entre los enfermos, los pobres y los excluidos, mostrándoles el amor misericordioso de Dios. “Él ha corrido el riesgo por estar cerca de los pobres”²⁵. El papa recuerda igualmente que todos seremos juzgados y que el criterio es el amor a los pobres. “Algunos piensan, erróneamente, que este amor preferencial por los pobres sea una tarea para pocos, pero en realidad es la misión de toda la Iglesia”²⁶

A mí me gusta especialmente que el Papa nos recuerde que no volveremos a la “normalidad” de antes de la crisis, esa “normalidad” en la que imperaban las injusticias sociales y la degradación medioambiental. “La pandemia es una crisis y de una crisis no se sale iguales: o salimos mejores o salimos peores”. La oportunidad está ahí y hay que ponerse a ello. “La opción preferencial por los pobres, esta exigencia ético-social que proviene del amor de Dios, nos da el impulso a pensar y a diseñar una economía donde las personas, y sobre todo los más pobres,

²³ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 12 de agosto de 2020.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 19 de agosto de 2020.

²⁶ *Ibidem*.

estén en el centro”²⁷. Para ello, Francisco nos da una indicación práctica: “Propongo que esto se haga a partir del amor de Dios, poniendo las periferias en el centro y a los últimos en primer lugar”.

– El destino universal de los bienes y la virtud de la esperanza

La pandemia ha agravado las desigualdades. Los más ricos se enriquecen, los más pobres pierden lo poco que tenían. Para el Papa, las desigualdades revelan la existencia de un virus que proviene de una “economía enferma”. Repite la convicción que expresara en *Laudato Si*: “La desigualdad social y el degrado ambiental van de la mano y tienen la misma raíz: la del pecado de querer poseer, de querer dominar a los hermanos y las hermanas, de querer poseer y dominar la naturaleza y al mismo Dios”²⁸. Francisco nos recuerda, con razón, que la tierra nos precede y que ha sido dada a todo el género humano y no a unos pocos. Somos usufructuarios, administradores y no propietarios. “Nos olvidamos de que, siendo creados a imagen y semejanza de Dios, somos seres sociales, creativos y solidarios, con una inmensa capacidad de amar (...) y florecemos en comunidad”²⁹. Tenemos que reforzar la acción común para que nazca un mundo mejor con la voluntad de compartir lo que tenemos con nuestros hermanos y hermanas. Este enfoque de justicia social sólo puede hacerse con la salvaguarda de la Creación.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 26 de agosto de 2020.

²⁹ *Ibidem*.

- La solidaridad y la virtud de la fe

La pandemia ha puesto de manifiesto nuestra interdependencia: Todos “estamos conectados en el bien o en el mal”. Así comienza Francisco su quinta catequesis sobre el tema “Curar el mundo”. Quiere subrayar el principio de solidaridad. La palabra es importante, aunque pueda parecer que está desgastada. “Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos”³⁰. Se trata, pues, de justicia. Hay que pasar de la maldición de Babel a la bendición de Pentecostés, es decir, pasar de ignorar lo que nos une a la comunidad unida en la diversidad y en la solidaridad.

- El amor y el bien común

La convicción del Papa es que “de una crisis se sale mejores o peores. Tenemos que elegir”, y si queremos salir mejores será buscando juntos el bien común, apoyándonos en el amor que viene primeramente de Dios y que nosotros tenemos misión de difundir a nuestro alrededor. La noción de bien común se basa en este amor que nos precede. “El verdadero bien para cada uno es un bien común y, viceversa, el bien común es un verdadero bien para la persona”³¹. El amor cristiano es un amor sin fronteras, sin barreras, sin distinciones. Hace posible construir una sociedad sana, inclusiva, justa y pacífica, basada en la “roca del bien común”.

³⁰ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 2 de septiembre de 2020.

³¹ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 9 de septiembre de 2020.

- Salvaguarda de la casa común y actitud contemplativa

En el contexto de la pandemia, hemos aprendido o reaprendido a cuidar de los más vulnerables: los ancianos o aislados, los enfermos, los necesitados. Para el Papa, este cuidar de los demás es “una riqueza humana y también cristiana”. Pero Francisco, retomando lo que ya había dicho antes, especialmente en *Laudato Si*, precisa que este cuidado “abrazo también a nuestra casa común”. El mejor antídoto contra el mal uso de nuestra tierra, de “nuestra casa común, es la contemplación”. Es bueno que se nos recuerde el papel de la contemplación para ver con ojos agradecidos la riqueza y la diversidad de nuestra tierra. Reducirla a bienes de consumo, a energía o a recursos inmediatamente disponibles es un pecado. “La contemplación cura el alma”, dice también el Papa, porque nos permite “mirar a la tierra como un don y no como algo que explotar para sacar beneficios”³². En definitiva, contemplar y cuidar son dos actitudes que señalan el camino para corregir y reequilibrar nuestra relación como seres humanos con la creación.

- La subsidiariedad y la virtud de la esperanza

Para el Papa, el principio de subsidiariedad es “un principio social que nos hace más solidarios”³³. Francisco lamenta que este principio, que pretende delegar en los niveles inferiores la capacidad de decisión cuando es posible, no se tenga suficientemente en cuenta en el mundo moderno: “se escucha más a los poderosos que a los débiles y este no es el camino, no es el camino humano, no es el camino que nos ha enseñado Jesús, no es realizar el principio de subsidiariedad”. Cada uno debe ser actor

³² Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 16 de septiembre de 2020.

³³ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 23 de septiembre de 2020.

de su propia vida y de su regeneración. Por tanto, hay que respetar la autonomía y la capacidad de iniciativa de todos, especialmente de los más pequeños. Si se respeta este principio, entonces la esperanza puede manifestarse concretamente en la vida de las personas. La esperanza es audacia y nos invita a soñar desde los ideales de justicia y amor.

Esta catequesis, desarrollada a lo largo de más de un mes, es un vademécum que nos abre perspectivas sobre nuestra participación en la llegada del Reino de Dios. Los principios que sienta el Papa Francisco expresan el espíritu de las Bienaventuranzas en términos nuevos. Las Bienaventuranzas son el verdadero programa para hacer realidad el Reino. Cuando el Papa habla de la dignidad humana, de la salvaguarda de la creación, del bien común, de la solidaridad... se inspira directamente en las Bienaventuranzas y en la gran escena del Juicio Final de Mateo 25. Bienaventurados los pobres, ¡el Reino de los Cielos les pertenece a ellos! Lo importante es tener “fijos los ojos en Jesús” (Heb 12,2) para poder regenerar la sociedad y sobre todo “no volver a una llamada ‘normalidad’ que es una normalidad enferma”.

Para Francisco, “La normalidad a la cual estamos llamados es la del Reino de Dios, donde “los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Mt 11,5). (...) En la normalidad del Reino de Dios, el pan llega a todos y sobra y la organización social se basa en contribuir, compartir y distribuir, no en el poseer, excluir y acumular (cf. Mt 14,13-21)”³⁴.

³⁴ Papa Francisco, “Curar el mundo”; audiencia general del miércoles 30 de septiembre de 2020.

IV. Cambiar las estructuras de la Iglesia para dar un mejor testimonio del Reino

Sesenta años después del Concilio Vaticano II soplan nuevos vientos en Roma con el pontificado del Papa Francisco. Es el primer Papa que puede considerarse fruto del Concilio, es decir, un hombre que ha integrado y adquirido la enseñanza del Vaticano II. Para él, no es necesario citarlo constantemente; se trata ya de ponerlo en práctica aquí y ahora...

Francisco ha insistido mucho en su deseo de sinodalidad, colegialidad y subsidiariedad. Esto es el núcleo de su enseñanza sobre la vida de la Iglesia. Creo que debemos escucharlo si queremos tener credibilidad en el mundo para que el Evangelio sea finalmente escuchado. La Iglesia no puede seguir funcionando según el modelo de una realeza teocrática. La estructura piramidal que se ha establecido a lo largo de los siglos, con el Papa en la cúspide y los fieles en la base, ya no es creíble a los ojos de nuestros contemporáneos a la luz del Evangelio. Por tanto, hemos de redescubrir una forma de funcionamiento más fraterna, menos centralizada y más abierta al debate y a la amplia participación de todos. Para ello, hay que conceder aún más espacio a las Iglesias locales y particulares. Se trata de constituir una comunión de iglesias hermanas y asociadas, unidas por la caridad y bajo la vigilancia del papa. En 1982, Bruno Chenu escribió: “El catolicismo no ha vivido todavía la experiencia de un verdadero Sínodo en Roma”³⁵, y añadía que el Sínodo está por inventar. Creo que el Papa Francisco está trabajando en ello por varias de sus iniciativas recientes: invitación a laicos, una religiosa como subsecretaria del Sínodo, amplias consultas a los fieles antes de la reunión, etc. Es necesario desclericalizar a la Iglesia, porque el

³⁵ Bruno CHENU, « L'Église au cœur » [La Iglesia en el corazón], Bayard, 2019 (reedición), p.347.

futuro está en una Iglesia en la que los laicos tomen en sus manos el destino del cristianismo. Esto significa también tener en cuenta el papel de las mujeres en la vida concreta de nuestras asambleas.

El ecumenismo avanzará a través de la reforma de la colegialidad, y es muy probable que debamos aprender del funcionamiento de las iglesias ortodoxas en este aspecto concreto.

V. Dialogar y proclamar el Reino en un mundo secular

Proclamar el Reino en una sociedad secularizada y postcristiana es un reto indudablemente. A veces, cuando presentamos los fundamentos de nuestra fe cristiana, nos enfrentamos a una indiferencia de cortesía o bien a una agresión manifiesta. Pero no debemos capitular, porque el Espíritu trabaja en el silencio de los corazones y en lo profundo de las conciencias. Ya conocéis mi estima por la obra del teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer. Él comprendió ya durante la persecución nazi que nuestro mundo se estaba volviendo arreligioso. Su pregunta aún resuena en los oídos de quienes no desesperan: ¿cómo puede Jesús ser el Señor de los no religiosos?

“En un sermón, que no pudo pronunciar para el bautismo del hijo de su amigo Bethge, declara que 'las viejas palabras tienen que desvanecerse' (literalmente, *quedarse débiles y silenciosas*), y anuncia:

Llegará un día en que los hombres serán llamados de nuevo a pronunciar la Palabra de Dios de tal manera que el mundo será transformado y renovado por ella. Será un lenguaje nuevo, acaso totalmente no religioso [unreligiös], pero liberador y redentor, como el de Cristo; los hombres se horrorizarán ante él y, sin embargo, serán vencidos por su poder; será el lenguaje de una

justicia y una verdad nuevas, que anunciará la reconciliación de Dios con los hombres y la llegada de su reinado [...]”³⁶.

Dietrich Bonhoeffer había comprendido que nuestro mundo se había hecho “adulto” y que el discurso tradicional de la religión ya no tenía poder de persuasión para él. Ya no se podía considerar a Dios como la respuesta a las preguntas difíciles que un día desembocarían, gracias a la ciencia, en una verdad aún desconocida. El hombre se encuentra inmerso en las realidades “penúltimas”, pero hay tareas humanas que cumplir que no son, *a priori*, problemas religiosos. Si trabajamos en el mundo, con Cristo –el hombre para los demás–, entonces Jesús puede convertirse en el “Señor de los no religiosos” para el hombre del tiempo actual.

Hoy, algunos filósofos y pensadores marcados por el agnosticismo o el ateísmo entrevén la posibilidad de extraer del cristianismo las riquezas necesarias para la vida del hombre. No tienen inconveniente en hablar de los “recursos del cristianismo”³⁷ sin por ello adherirse a la fe. Pensamos en Marcel Gauchet, que comprendió bien que el cristianismo era la religión de “la salida de la religión”³⁸. Sabemos de otros pensadores procedentes de otros ámbitos culturales, como el italiano Gianni Vattimo³⁹ o Charles Taylor en Canadá, que asumen su catolicismo a la vez que hacen suya la secularidad del mundo. Otro filósofo, François Jullien, especialista en el mundo chino, quiere “poner fin

³⁶ Arnaud CORRIC, « Dietrich Bonhoeffer. Le Christ, Seigneur des non-religieux » [Dietrich Bonhoeffer. Cristo, Señor de los no religiosos], in « Études », tomo 394, 2001, p.371.

³⁷ François JULLIEN, « Ressources du christianisme. Mais sans y entrer par la foi » [Recursos del cristianismo. Pero sin entrar en él por la fe], L’Herne, 2018.

³⁸ Marcel GAUCHET, “El desencantamiento del mundo”, Trotta, 2005.

³⁹ Gianni VATTIMO, “Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso”, Paidós, 2003.

a esto de evitar la cuestión del cristianismo en el pensamiento contemporáneo”. Se plantea esta pregunta: “¿Qué *le ha hecho* el cristianismo *al pensamiento?*”. Y propone entrar en el pensamiento cristiano “sin pasar por el requisito previo de la fe”.

Bien recordamos que el Concilio Vaticano II nos invitaba a dialogar con el mundo, también con los no creyentes. Yo pienso que este diálogo contribuye a que avance el Reino de Dios y nos permite recibir, aprender y profundizar en nuestra fe. La ciudad secular puede contribuir al crecimiento de nuestra fe estimulando nuestro pensamiento.

François Jullien tiene una reflexión filosófica bastante ardua sobre el tema del Reino, del Amor y del Otro. Piensa que Jesús, por su amor al mundo y a la vez su afirmación de que no es de este mundo, contribuye al nacimiento de un sujeto “capaz de estar en el otro”. Un sujeto capaz “de un amor expansivo que no ‘recela’, no ‘presume’, no ‘busca su interés’ (I Co)”. Para él, este amor es un recurso que promueve un absoluto diferente al de la filosofía griega o la sabiduría china, el de un amor expansivo hasta el final.

En una entrevista concedida al periódico “La Croix” nos aclara su pensamiento sobre el Reino: “Juan dice ‘Mi realeza no es de este mundo’, lo cual puede leerse efectivamente como un rechazo del mundo. Creo que esto es un error, porque el evangelista está dando a entender otra cosa. No hay rechazo del mundo, porque Dios ama al mundo. Pero el mundo significa una totalidad de pertenencia. Es, por tanto, una forma de cerrazón. Existir, en el sentido cristiano, nos invita a estar fuera del mundo, sin dejar de estar en el mundo. Esto no sólo es una tremenda apertura, sino que es la única posibilidad de encuentro verdadero”⁴⁰. Y continúa diciendo: “el encuentro con el otro se

⁴⁰ François JULLIEN, www.la-croix.com/Debats/Forum-et-debats/Francois-Jullien-LEurope-sait-quoi-faire-christianisme-2018-06-11-1200946237

produce fuera del mundo. Un más allá de donde viene el otro. Jesús abre en este mundo otra dimensión o, por decirlo mejor, la dimensión del Otro. (...). El recurso del cristianismo es la posibilidad de salir de uno mismo, de no replegarse sobre esta cerrazón del uno mismo”.

Creo que tenemos aquí, en forma laica y no religiosa, una definición pertinente del Reino que es la apertura al Otro.

Otro pensador, Marcel Gauchet, se pregunta: “¿Por qué la Iglesia?”. Él, un teórico de la salida de la religión, reconoce el papel primordial que el cristianismo ha desempeñado en el itinerario de nuestro mundo hacia la secularización. Marcel Gauchet no rechaza el papel de la Iglesia, incluso para el mundo contemporáneo. Reconoce la contribución del cristianismo a que la ciudad terrestre alcance su autonomía, y precisa que la Iglesia no se oponía a esa autonomía, recordando que el creyente está a la vez en el mundo y fuera del mundo. “Por el contrario, la ciudad cristiana se acomoda a la ciudad existente, admite su validez, incluso recomienda la sumisión a sus leyes. Ella es de otro orden. Se sitúa dentro de la ciudad existente con vistas a un fin superior, que es la espera del reino de los cielos. En otras palabras, el mensaje cristiano es portador de una exigencia de crear sociedad, pero una sociedad de un tipo inédito, una sociedad que no quiere ser una sociedad del todo, sino una contra-sociedad al interior de la sociedad establecida”⁴¹.

Marcel Gauchet reconoce así la pertinencia del cristianismo incluso en el contexto actual de secularización. Como en François Jullien, no se trata necesariamente de adherirse a la fe cristiana a

⁴¹ Marcel GAUCHET, « Une histoire qui n’aurait jamais dû avoir lieu » [Una historia que nunca debería haber ocurrido], in Roselyne DUPONT-ROC y Antoine GUGGENHEIM, « Après Jésus. L’invention du christianisme » [Después de Jesús, la invención del cristianismo], Albin Michel, 2020, pp.631-632.

título personal, sino de seguir estando agradecidos por lo que el cristianismo ha aportado al mundo, pero también de esperar mucho de él todavía para que el hombre siga creciendo. ¿Y no es esto lo que significa escudriñar la llegada del Reino?

Frente a la realidad secular del mundo, frente a un mundo que se ha hecho “adulto”, hemos de adaptarnos para que Jesús siga siendo anunciado y mejor conocido. El desafío es inmenso. Esto requiere una renovación en la formación de religiosos y laicos. El cardenal Braz de Aviz ha alertado a los consagrados sobre la secularización de nuestras sociedades para que la tengamos en cuenta en nuestra formación y en nuestra misión.

“La secularidad de la cultura –que acabará en la secularización– plantea una instancia que sigue siendo válida para la reflexión teológica, para el testimonio y el anuncio cristianos, y de forma privilegiada, para la formación a la misión. Es posible hablar de una pedagogía de la secularidad, es decir de una atención en la que toda la persona se educa para vivir con alma cristiana el mundo, en búsqueda de la huella creadora que Dios le ha imprimido. Este proceso, que podemos definir sapiencial y generativo de vida evangélica, debería formar parte de la formación de los consagrados y consagradas según su forma de vida específica”⁴².

No se trata de huir de la realidad del mundo y evadirse en el sueño de un cristianismo ideal, sino de recuperar el vigor de los apóstoles viviendo en el mundo tal como es pero con nuestra

⁴² Cardinal Braz de Aviz, “Anunciad. A los consagrados y consagradas testigos del Evangelio entre las gentes”, Libreria Editrice Vaticana 2016 §64.

invencible esperanza y fe en el futuro. Pero eso requerirá también una conversión creativa. Tenemos que repensar nuestros hábitos y probablemente también nuestra organización, los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos de evangelización de nuestras propias comunidades.

“Repensar las estructuras lleva a veces a prescindir de las ya existentes, considerando que han dejado de ser idóneas para transmitir la belleza de la Buena Nueva. Es urgente renovar el lenguaje para que el Evangelio se haga más comprensible. Y es una tarea ardua la de transponer el Evangelio y el Magisterio eclesial en palabras, imágenes y símbolos que sean elocuentes para las culturas contemporáneas, y esto también por la escasa memoria cristiana de mucha de nuestra gente: pocos conceptos y una falta absoluta de un marco de referencia.

Los modelos y las costumbres con los que hablamos y manifestamos identidad y valores de la vida consagrada corren el riesgo de ser herméticos, incomprensibles para la mayoría de la gente: ‘Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de la conversión pastoral y misionera’⁴³. Recogiendo la llamada del Papa Francisco en *Evangelii gaudium* (nº 25), el cardenal Braz de Aviz nos recuerda la necesidad de cambiar nuestras formas de hacer y de pensar para que el Reino pueda ser anunciado.

El reconocimiento de una justa autonomía secular no equivale a rechazo de la Ley de Dios. Hay muchos entre nuestros contemporáneos que piensan que la ley de Dios está sujeta a la ley de la ciudad. Esto no es compatible con la fe cristiana. Sin dejar de

⁴³ *Ibidem*, § 72

reconocer la legítima autonomía de las realidades creadas, como hace el Concilio Vaticano II, seguimos teniendo el “tabernáculo de nuestra conciencia”. Es éste un santuario inviolable y no puede someterse a la ley de los hombres, que por definición no puede ser absoluta.

“Rechazamos la falsa doctrina de que el Estado deba y pueda, superando el ámbito de su misión particular, pretender convertirse en el orden único y total de toda la vida humana y cumplir así hasta incluso la vocación propia de la Iglesia”. Esta declaración data del 31 de mayo de 1934. Está firmada por dos grandes teólogos, Dietrich Bonhoeffer y Karl Barth.

VI. La dimensión profética de la vida religiosa y el Reino

Yo tuve la suerte de participar en la audiencia privada que el Papa Francisco reservó a los Superiores Generales el 29 de noviembre de 2013. En el intercambio, que duró más de 3 horas, descubrimos a un hombre sencillo de palabra espontánea, con frecuentes tintes de humor. Respondió a nuestras diversas preguntas sin practicar la llamada “lengua de madera”. La entrevista se mantuvo confidencial, pero el Padre Antonio Spadaro, S.J., de la *Civiltà Cattolica*, dio cuenta de ella. Me gustó la manera como el Papa hablaba del Reino y del papel de los consagrados en el anuncio del mismo.

“Entonces, ¿cuál es la prioridad de la vida consagrada?” Y he aquí la respuesta del Papa: “La profecía del Reino, que no es negociable. Hay que poner el acento en ser profeta, no en jugar a serlo. Naturalmente, el diablo nos presenta sus tentaciones, y he aquí una de ellas: jugar a profeta sin serlo, asumir sólo sus actitudes. Pero no se puede jugar con estas cosas. Yo mismo he

visto cosas muy tristes en este ámbito. No: los religiosos y religiosas son hombres y mujeres que iluminan el futuro”.

El Papa Francisco, en su entrevista a la *Civiltà cattolica*, había afirmado claramente que los religiosos están llamados a una vida profética. Esta es su particularidad: “ser profetas que dan testimonio de la manera como Jesús vivió en esta tierra, y que anuncian cómo será el Reino de Dios en su perfección. Un religioso nunca debe renunciar a la actitud profética [...] Pensemos en lo que han hecho tantos grandes santos, monjes, religiosos y religiosas, desde San Antonio abad. Ser profeta a veces puede significar hacer ruido, no sé cómo decirlo... La profecía hace ruido, se podría decir que siembra barullo. Su carisma es ser levadura en la masa: la profecía anuncia el espíritu del Evangelio...”

El Papa nos invita a la “profecía del Reino”. Es una petición expresa para que los consagrados sean auténticos profetas: hombres y mujeres que con su estilo de vida hacen visible la realidad del Reino. Y para ello, perturban, empujan, molestan, hacen ruido.

En la Asunción, ¿tenemos profetas todavía? Quizás la primera pregunta que debemos hacernos es si todo el cuerpo de la congregación es capaz de dar testimonio de la radicalidad del Reino de Dios a través de su vida concreta en el mundo. ¿Nuestra forma de vivir los votos de pobreza, obediencia y castidad es capaz de conmover la conciencia tranquila y a veces adormecida de nuestros contemporáneos?

Bruno Chenu nos recordaba, a partir de la observación de Pablo VI en *Euangelii nuntiandi* (nº69), que los religiosos están a menudo en primera línea de la misión. Decía de ellos que “‘se plantan’ en la frontera de la Iglesia y del mundo, allí donde la verticalidad del Reino de Dios puede hacer surgir la novedad del

Evangelio. Desde la frontera interpelan al centro”⁴⁴. El Papa Francisco habla de las periferias, pero se trata de la misma realidad. En la Asunción, ¿cuáles son las periferias, las fronteras que hemos abordado? ¿Qué puesto de vanguardia ocupo yo hoy para manifestar el Reino? ¿Cómo está siendo profética mi comunidad? ¿Cómo vivimos el espíritu de las Bienaventuranzas?

Los votos de religión tienen una doble dimensión: profética y escatológica. Los votos de pobreza, castidad y obediencia proclaman nuestra absoluta confianza en Dios. Estamos seguros de que Él nos ayuda a seguir adelante y que nos da lo que necesitamos. Pero la profesión de los votos da testimonio en el mundo de unas realidades futuras incoativas: hace presente el Reino infundiendo la certeza de que la humanidad será renovada y transformada. ¿Somos conscientes nosotros de que los votos que profesamos, con sus altibajos, son un “afloramiento del Reino”, como decía Bruno Chenu?

VII. El Reino de Dios y las otras religiones del mundo

Durante mucho tiempo la Iglesia se presentaba como el “nuevo pueblo de Dios”, olvidando que el pueblo judío también contaba con el amor de Dios. Durante mucho tiempo igualmente, era difícil pensar a las otras religiones en términos de salvación. Pero con la apertura mundial que se operó en los siglos XIX y XX las cosas cambiaron, y se plantearon cuestiones inéditas.

Cuando se trataba del ecumenismo, el debate sobre el Reino de Dios era más fácil porque, a pesar de las fuertes divergencias, en las distintas confesiones se daba el reconocimiento unánime del Señor Jesucristo. Pero con la aparición del diálogo

⁴⁴ Bruno CHENU, « L’urgence prophétique. Dieu au défi de l’histoire » (La urgencia profética. Dios en el desafío de la historia). Bayard, 1997, p.269.

interreligioso, surgieron nuevas preguntas. Cito al padre Jacques Dupuis, que fue un gran teólogo de las religiones por su experiencia asiática, en particular en la India. Él plantea de manera clara la problemática que es ahora la nuestra.

“En el contexto de la teología de las religiones y del diálogo, la expresión “Reino de Dios” de la teología tradicional, incluso reciente, también plantea un problema. ¿Se limita el Reino de Dios a la esperanza de Israel y, en cuanto a su realización histórica en el mundo, al cristianismo y a la Iglesia? ¿Quedan excluidos los ‘otros’? ¿O, por el contrario, son miembros de pleno derecho, aun permaneciendo fuera de la Iglesia? O tal vez ¿forman parte de ella “de alguna manera”, que podríamos calificar de implícita o invisible? En definitiva, ¿se identifican el cristianismo y la Iglesia con el Reino de Dios, en la medida en que está presente en el mundo y en la historia? ¿O, por el contrario, el Reino de Dios es una realidad universal que se extiende más allá de los límites de la Iglesia cristiana? Y, si es así, ¿cuál es la vinculación de la Iglesia y de las religiones respectivamente con el Reino de Dios? ¿Y qué vinculación recíproca se da entre ellas? ¿Y qué decir también del Reino de Dios en su culminación escatológica más allá de la historia, en cuanto a su relación con la Iglesia y con los ‘otros’? ¿Pertencen los cristianos y los ‘otros’ por igual al Reino de Dios consumado?”⁴⁵.

Habréis notado la abundancia de preguntas. Pero es importante para nosotros, asuncionistas, que nos hemos incorporado recientemente al mundo asiático y con múltiples implantaciones en el mundo africano, que abordemos estas

⁴⁵ Jacques DUPUIS, “Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso”, Sal Terrae, 2000

cuestiones con claridad. Es parte de nuestro compromiso misionero que podamos ser apóstoles del diálogo interreligioso y que no nos quedemos con las respuestas dadas en el pasado por la “vieja Europa”. El mundo abierto en el que nos encontramos plantea interrogantes nuevos y, al igual que estamos implicados en el ecumenismo, es necesario que profundicemos en nuestra teología del pluralismo religioso. El asuncionista, apasionado por el Reino de Dios y servidor de la Iglesia, no puede ignorar la importancia de estas cuestiones. Me parece prioritario para los próximos años reforzar la formación teológica de nuestros hermanos para que puedan situarse como apóstoles, obreros del diálogo y constructores de puentes. Los muros no impedirán que la Buena Nueva se extienda por todas partes, pero nosotros hemos de promoverla con máximo celo.

VIII. Hacer nacer para el Reino: la pastoral del engendrar

“Jesús le respondió: ‘En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el reino de Dios’. Dícele Nicodemo: ‘¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?’ Respondió Jesús: ‘En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3:3-5).

Necesitamos renacer desde lo alto. Estos tiempos turbulentos en los que el cristianismo está siendo cuestionado es también un tiempo favorable para volver a la pureza del Evangelio. Pero no es cuestión de poner a punto estrategias de reconquista para recuperar el terreno que se habría perdido. En realidad se trata de ponernos a la escucha del Espíritu, que nos precede, y de vivir los valores del Reino ya desde aquí abajo. Ya

sabemos: el espíritu de las Bienaventuranzas es el único que puede transformar el mundo, renovar el universo.

Esto requiere una conversión personal. Aunque nos reconozcamos como cristianos, religiosos, hombres de buena voluntad, nuestro corazón sigue estando dividido. Los valores del Reino no son todos aceptados en nuestra vida personal. Os invito a retomar ciertos elementos de mi carta sobre la interioridad y a seguir explorando los caminos de una auténtica espiritualidad asuncionista, hecha de amor a Dios y de pasión por el hombre.

Una vez que el Reino de Dios ha comenzado a crecer en nosotros, es posible trabajar por su venida a nuestro mundo.

Desde hace unos veinte años, teólogos y pastores reflexionan sobre la pastoral del engendrar. Por decirlo brevemente, se trata de hacer nacer a la verdadera vida favoreciendo todo lo que es profundamente humano, pero también de proponer la fe. Esta pastoral cuenta con que haya renovación espiritual y arraigo en la realidad concreta en “un lugar y un tiempo”. Esta pastoral requiere proximidad. “La vida y la ‘fe’ no se engendran a distancia, sino a la altura de los ojos y al alcance de la voz, en un poco de tierra, en el umbral de una casa y mediante encuentros significativos. El Reino sólo existe aproximándose”⁴⁶.

Nuestro esfuerzo pastoral consiste, en parte, en hacernos cercanos a la humanidad. Relacionarnos con ella y dialogar con sinceridad. El Reino crece cada vez que nos hacemos el prójimo de los hombres nuestros hermanos. Las catequesis del Papa Francisco sobre el post-COVID remacharon esta necesidad de

⁴⁶ Christoph THEOBALD, « L'Évangile et l'Église » [El evangelio y la Iglesia], in Ph. BACQ, Ch. THEOBALD (dir.) “Passeurs d'Évangile” [Transmisores de Evangelio], Novalis, 2008, p.39.

estar atentos a las realidades del mundo para que trabajemos por mejorarlo.

IX. El Reino que viene o el Cristo Omega

Cristo es el alfa y la omega; es el que es, el que era y el que viene. El Reino de Dios ya está aquí, pero no está “todavía” plenamente realizado. La plenitud del Reino llegará al final de los tiempos, cuando la humanidad haya aceptado situarse bajo el Reino de Cristo, es decir, bajo el dominio del amor perfecto. Es un Reino que cada persona está llamada a acoger en su vida personal y comunitaria. Pero Jesús es también el que viene, es el Omega, el que viene desde el final de los tiempos para la Parusía. La consumación plena del Reino es la conjunción de la historia de los hombres plenamente alineada con el Espíritu del Dios vivo y el retorno de Cristo glorioso. En el tiempo de los hombres, el presente precede al futuro. El anuncio del Dios que viene, traído por Jesús, invierte esta relación. Dios viene del futuro para invadir el presente. “El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios se ha acercado”.

Es bueno que la Asunción vuelva a escuchar lo que dijo San Juan Pablo II en *Vita Consecrata* n° 27:

“¡Ven, Señor Jesús!’ (Ap 22:20). Esta espera es *lo más opuesto a la pasividad*: aunque dirigida al Reino futuro, se traduce en trabajo y misión, para que el Reino se haga presente ya ahora mediante la instauración del espíritu de las Bienaventuranzas, capaz de suscitar también en la sociedad humana actitudes eficaces de justicia, paz, solidaridad y perdón.

Esto lo ha demostrado ampliamente la historia de la vida consagrada, que siempre ha producido frutos abundantes también para el mundo. Con sus carismas, las personas

consagradas llegan a ser un signo del Espíritu para un futuro nuevo, iluminado por la fe y por la esperanza cristiana. *La tensión escatológica se convierte en misión*, para que el Reino se afirme de modo creciente aquí y ahora. A la súplica: ‘¡Ven, Señor Jesús!’, se une otra invocación: ‘¡Venga tu Reino!’ (Mt 6, 10)”

Como escribía Bruno Chenu,

“A mí me gusta recordar que una dimensión del misterio de Cristo nos sigue siendo desconocida. Podemos relacionarnos con el Cristo histórico pero ignoramos el rostro definitivo de Cristo. Cristo es todavía el que está por venir, el que no ha dicho su última palabra, el que no se hará plenamente presente hasta el día del juicio. (...) Sólo el Reino será verdaderamente católico, pues manifestará lo que por ahora nos queda bastante velado, la relación de Cristo y su Espíritu con los hombres de toda religión y de toda ideología”⁴⁷.

Nuestra tarea es conocida: tenemos que esperar a Cristo, no en la pasividad, sino en la acción del Espíritu. Trabajando en la línea de las Bienaventuranzas es como podremos acelerar la venida definitiva de Cristo. El Reino es una alianza entre Dios y el hombre para transformar el universo entero. El rostro de Cristo nos será plenamente desvelado, y lo conoceremos, sólo al tiempo de esta consumación. Entonces lo veremos tal como es.

⁴⁷ Bruno CHENU, « L'Église au cœur » (La Iglesia en el corazón), Bayard, 2019 (reedición), p.355.

CONCLUSIÓN

El Reino es el objeto de nuestro anhelo. Es el corazón de nuestra vida cristiana, ya que se identifica plena y enteramente con Cristo. Es la plenitud de la vida en Dios en comunión en el universo reconciliado.

La Asunción no puede vivir sin esta pasión por el Reino de Dios, en nosotros y a nuestro alrededor. Nuestra interioridad, nuestro compromiso por el triunfo del espíritu de las Bienaventuranzas, nuestra búsqueda de la justicia y de la paz, nuestra solidaridad con los pobres, nuestra acción en pro de la unidad de la Iglesia y del diálogo entre las religiones y las culturas, todo eso contribuye de un modo u otro al anuncio del Reino. Nuestra vocación religiosa hace de nosotros profetas del Reino que viene. Somos vigías y centinelas.

¡Ven, Señor Jesús!

Roma, 23 de mayo de 2021
Solemnidad de Pentecostés

Padre Benoît GRIÈRE a.a.
Superior General

INDICE

INTRODUCCIÓN	3
A/ EL REINO DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD ..	5
I. Jesús y el Reino de Dios	5
II. Manuel d'Alzon: un apasionado del Reino	10
III. ¿El Reino entre vosotros, el Reino en vosotros?	12
IV. La Iglesia y el Reino.....	14
B/ TRABAJAR POR EL REINO HOY	18
I. El Reino y la unidad	18
II. La vida comunitaria: presencia y anuncio del Reino	21
III. Predicar el Reino tras la pandemia de la COVID-19	24
IV. Cambiar las estructuras de la Iglesia para dar un mejor testimonio del Reino	31
V. Dialogar y proclamar el Reino en un mundo secular	32
VI. La dimensión profética de la vida religiosa y el Reino	38
VII. El Reino de Dios y las otras religiones del mundo	40
VIII. Hacer nacer para el Reino: la pastoral del engendrar.....	42
IX. El Reino que viene o el Cristo Omega	44
CONCLUSIÓN.....	46

Agustinos de la Asunción
Via San Pio V, 55
I - 00165 Roma
Tel.: +39 06 66013727
E-mail: Assunzione@mclink.it